

servicio de Dios y al mantenimiento de la fe católica y de los pobres, se emplean en semejante guerra y por semejantes parcialidades, contra el pueblo cristiano y por cosas de tan poco momento» (1). El embajador de Francia en Trento, el célebre Amiot, reprodujo estas acusaciones en pleno concilio (2). Julio III es el tipo del pontificado del siglo XVI, con sus intereses mezquinos, sus pequeñas pasiones italianas, sacrificando el bien de la cristiandad, la libertad de la Italia y la independencia misma de la Santa Sede á miserables querellas de familia.

VI.

Tenemos prisa de llegar á un espíritu más serio. Pablo IV es de la raza de los Gregorios y de los Inocencios, si no por el génio, al menos por las pretensiones; verdadero pontífice de la reaccion católica, empleaba en el siglo XVI el lenguaje de los papas del siglo XII. Decía «que era el señor de todos los príncipes, como vicario de Cristo, que fué juntamente rey y sacerdote; que los emperadores y los reyes debían humillarse ante la Santa Sede» (3). ¿Tenía Pablo IV la elevación de miras, la grande ambición de aquellos, cuyo orgullo y cuya presunción imitaba? A juzgarle por sus palabras, deberíamos decir que tenía un deseo ardiente de pacificar el mundo cristiano. Desde el día siguiente al de su elección escribió á Carlos V para comprometerlo á la paz, diciéndole cuán necesaria era para la cristiandad; escribió al rey Fernando de Austria, que emplease toda su influencia con su hermano, á fin de procurar este beneficio para la Iglesia (4). ¿Qué debemos pensar del pontificado y de sus protestas, cuando vemos á Pablo IV preconizar la paz y en seguida hacerse el botafuego de Europa? «Era una cosa admirable para muchos, dice un contemporáneo, el ver al

(1) RIBIER, *Cartas y Memorias de Estado*, t. II, p. 323 y 344.

(2) DE THOU, *Historia universal*, lib. VIII.

(3) NAVAGERO, *Relazione* (ALBERI, II, 3, p. 380): «*El pontificado dice essere per mettere i re e gl'imperatori sotto i piedi.*»—MOCENIGO, *Relazione*, ib., II, 4, p. 48.

(4) RAYNALDI, *Annales*, ad a. 1555, núm. 24.

papa, que jamás había hecho profesión más que de una apariencia estrecha de religión, no hablar, desde que fué promovido á la dignidad pontificia, más que de armas y de guerra, de enredos y de operaciones» (1). Los católicos se escandalizaron y con razón: «Aquel que, como jefe de la Iglesia, dice *Pasquier*, hubiera debido ser el primer padre de la paz, es el primer autor y promovedor de guerras entre los príncipes cristianos» (2). *Raynaldi* mismo, apologista oficial de la política pontificia, dice que Pablo IV, cuyo valor alaba, hubiera alcanzado mayor gloria si, en lugar de hacer la guerra al rey de España en interés de sus sobrinos, se hubiera ocupado del concilio general y de la paz de la cristiandad (3).

Pablo IV tiene al menos un mérito, tiene una política decidida; el odio á España respira en todas sus acciones. «Permanecía horas enteras á la mesa, bebiendo un buen vino de Nápoles, alcohólico, volcánico, y desatándose contra el emperador y contra los españoles: no llamaba jamás á éstos más que herejes, cismáticos, malditos de Dios, simiente de judíos y de moros, la hez del mundo, y deploraba la miseria de la Italia, reducida á servir á una nación tan abyecta y tan vil» (4). Pablo IV era un romano presuntuoso; echaba de menos los tiempos felices en que la Italia se parecía «á un instrumento bien templado», llamaba á Nápoles, la Santa Sede, Milan y Venecia «las cuatro cuerdas cuya armonía podía hacer la felicidad de la Península»; maldecía las disensiones que habían entregado la patria comun al extranjero. Tradiciones de familia y ofensas personales aumentaron su odio hácia Carlos V (5). Cuando el emperador fué vencido por los protestantes, el ardiente pontífice creyó llegado el momento de arrojar á los españoles de Italia; quiso quitarles Nápoles, Sicilia y el Milanesado; expulsar á los Médicis de Florencia y restablecer allí la república. Para encontrar aliados que le ayudasen á realizar sus gigantescos proyectos, el papa no dudó en destruir el Estado territorial de Italia y el equilibrio europeo; tentó la ambición de Venecia, dándole la

(1) DE LA PLACE, *del Estado de la República*, lib. I, p. 2.

(2) PASQUIER, *Cartas*, IV, 1.

(3) RAYNALDI, *Annales*, ad a. 1557, núm. 15.

(4) NAVAGERO, *Relazione* (ALBERI, II, 3, 389).

(5) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. II, p. 586 y sig.

Sicilia, ofreció aumento de territorio á los duques de Parma, de Ferrara y de Urbino; en fin, para adquirir el apoyo de la Francia, sin el cual no podia pensarse en combatir á Carlos V, prometió á Enrique II el ducado de Milan y el reino de Nápoles para dos de sus hijos (1). Pablo IV apeló al temor de los príncipes, al mismo tiempo que á su codicia: «El emperador y el rey Felipe, decia, se harian señores del mundo, si no se los contuviese; era preciso aprovecharse de la ocasion que se presentaba de disminuir su poder; tratábase de salvar la libertad de todos los Estados y de garantizar su independencia» (2).

Un acontecimiento inesperado amenazó destruir los grandes designios de Pablo IV, ántes de que se hubiesen manifestado. En el momento de abdicar Carlos V quiso asegurar la paz á su hijo para el principio de su reinado; celebró con Enrique II una tregua de cinco años. La tregua era muy ventajosa para la Francia, puesto que quedaba en posesion de la Saboya y de los tres obispados Metz, Toul y Verdun. Era preciso, pues, romper un tratado solemne, compromisos consagrados por juramentos, lanzar á la Francia y á la Europa en los azares de la guerra: el papa no retrocedió ante ningun obstáculo; se rebajó hasta hacer escribir por su sobrino el cardenal Caraffa á la duquesa de Valentinois, querida de Enrique II. La ambicion francesa se dejó tentar por la oferta de Nápoles y de Milan. Quedaba el escrúpulo de la palabra jurada; pero cuando se tiene al papa por aliado no hay promesa que obligue. Pablo IV fué pródigo en absoluciones; hasta permitió al rey atacar al emperador y á su hijo con quienes acababa de tratar, sin declararles la guerra, todo en virtud del poder de atar y desatar que Jesucristo dió á sus apóstoles. ¡La violacion de los juramentos se convierte en acto meritorio cuando lo ordena el vicario de Dios! Bajo sus auspicios se celebró la alianza ofensiva y defensiva entre la Francia y la Santa Sede. Pablo IV no habia olvidado sus intereses; recibia por su parte Benevento y sus dependencias, Gaeta y el territorio del lado de acá del Gariglia-

(1) MIGNET, *Carlos V*, p. 88.

(2) NAVAGERO, *Relazione*, en ALBERI, II, 3, p. 392.

no; el nuevo soberano de Nápoles se hacia su vasallo y le pagaba un tributo considerable.

Pablo IV, aquel pontífice tan celoso por la reforma de la Iglesia, usaba y abusaba de su poder espiritual para satisfacer su odio contra la dominacion española. Santificó la violacion de la fe jurada en Francia; en España, suspendió el servicio divino sin razon, nada más que por perjudicar á su enemigo. ¡Así, el jefe de la cristiandad comprometia la salvacion de millones de fieles, por satisfacer sus pasiones! Y el pontífice que se permite jugar de este modo con la religion, no es un Alejandro VI, es un sacerdote de severas costumbres, es un reformador. ¿Qué es, pues, la moral católica cuando los que se llaman vicarios de Cristo obran como si no tuviesen nocion alguna de la moral? No hemos llegado al fin de las iniquidades romanas. Carlos V se habia mostrado siempre el defensor de la ortodoxia, el patrono de la Iglesia. En cuanto á Felipe II, ¿quién ha dudado jamás de su adhesion al catolicismo? Sin embargo, ¿puede creerse? Pablo IV procedió contra Carlos V y su hijo, como si fuesen herejes; su fiscal acabó por pedir que fuesen privados, el uno del imperio, el otro del reino de Nápoles. Al mismo tiempo que el papa perseguia á los reyes católicos, su sobrino, el cardenal, trataba con los protestantes, trataba con Soliman para excitarle á que se lanzase con todas sus fuerzas sobre la Sicilia y el reino de Nápoles (1). ¿Puede concebirse una conducta más odiosa? ¡El papa amenazaba con excomulgar á los príncipes que eran el brazo armado de la Iglesia, y llamaba á Italia á los enemigos eternos del nombre cristiano!

Dejemos al jefe espiritual de la cristiandad, y apreciemos la política de la corte de Roma. Amigos y enemigos han acusado á Pablo IV de haber turbado la paz de la cristiandad en interes de su familia. El duque de Alba, virey de Nápoles, le dijo que queria la guerra por el deseo que tenía de engrandecer á los suyos; le dijo que, en lugar de ensangrentar el mundo con el fin único de elevar á sus sobrinos, hubiera hecho mejor en reprimir las herejías que surgian por todas partes (2). Enrique II escribió á su emba-

(1) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. II, p. 296, 290.

(2) Carta del duque de Alba al Papa (GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. IV, p. 669).—RIBIER, *Cartas y Memorias de Estado*, t. II, p. 655.

jador en Roma: «He probado tanto las impertinencias, pasiones, cóleras y ligerezas de este papa y de sus sobrinos, y me ha costado tan caro el conocerlos para saber conducirme, que me parece que con buena y justa ocasion me debo retirar sin dejarme llevar más... Y ademas en un hombre viejo, y en gentes necesitadas, como son sus sobrinos y toda su casa, no hay jamás grandes recursos..... Están tendiendo la mano á todo el mundo, para dejarse llevar por quien les quiera dar más, á fin de aprovechar mejor lo que puedan del pontificado, ántes que este buen hombre desaparezca de este mundo» (1). Si hemos de creer á los enviados venecianos, el deseo de engrandecer su familia fué la causa principal de la guerra que Pablo IV suscitó en Italia (2). El grave de Thou abunda en esta misma censura. «El papa, dice, quisiera que se le considere como un mártir que sufre por la causa de Dios, siendo así que prende fuego á la cristiandad en interes de sus sobrinos» (3). ¡Y qué sobrinos! El mismo Pablo IV decia que tenian los brazos manchados de sangre hasta los codos; su único mérito era el ódio que afectaban hácia España (4).

La ambicion y la ceguedad de Pablo IV por los suyos son un hecho incontestable; pero ¿no han juzgado los contemporáneos al papa con demasiada severidad, acusándole de haber sacrificado la paz de la cristiandad, nada más que por conseguir un establecimiento territorial para sus sobrinos? Verdad es que despues de haber condenado altamente como cardenal el miserable régimen de los favoritos que dominaba en la córte de Roma, llevó el favoritismo tan léjos como cualquiera de sus predecesores. Sin embargo, no creemos que una mezquina ambicion de familia haya sido el móvil principal de Pablo IV. Su gran pasion era el ódio á España; resplandece con demasiada evidencia en sus actos para que sea posible engañarse en este punto. Desde Clemente VII, el temor de la dominacion española inspiraba á la córte de Roma. Pablo IV tuvo el valor de intentar lo que sus predecesores se habian

(1) RIBIER, *Cartas y Memorias de Estado*, t. II, p. 768.

(2) NAVAGERO, *Relazione* (ALBERI, II, 3, p. 389): «*La più prossima e la più potente cagione della guerra è il disegnare di fare grande con l'armi la casa sua.*»

(3) DE THOU, *Historia*, lib. XVIII.

(4) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. II, p. 291.

limitado á desear, la expulsion de Carlos V. Al parecer esta era una política nacional; pero es una ilusion el creer que el papa, si hubiera triunfado, hubiese emancipado á la Italia y libertado al mundo cristiano del peligro de la monarquía universal. La política antiespañola, áun suponiéndola coronada por el éxito, no hubiera conducido más que á hacer cambiar de señor á la Italia, trasladando la ambicion de la monarquía á la Francia.

Los venecianos, con quienes Pablo IV negoció una liga contra Carlos V, no temian ménos el poder de la Francia que el de la casa de Austria. Hicieron presente al papa el peligro para la libertad de Italia de que los franceses fuesen dueños de Milan y de Nápoles. Pablo trató de calmar estas inquietudes: «Los hijos del rey de Francia, decia, establecidos en Milan y en Nápoles, serian bien pronto italianos; ademas, sería fácil librarse de ellos cuando se quisiera, porque la experiencia de los acontecimientos pasados habia demostrado que los franceses eran incapaces de establecerse para siempre en Italia, al paso que la nacion española era como la grama, que arraiga donde quiera que se la planta» (1). Pablo IV empleaba con los franceses enteramente otro lenguaje; oigamos las protestas del anciano pontífice: «Declaró al embajador de Enrique II que ningun cardenal, por muy frances que fuese, le aventajaba en punto á ser frances y amar al rey; que S. M. podia estar seguro de no encontrar nunca un papa tan suyo como él, aunque fuese hijo de Francia; que ahora se le presentaba la ocasion de adquirir la monarquía del mundo, y que sería adorado como redentor de Italia» (2). ¡Así, el papa que excitaba á los venecianos á tomar las armas contra Carlos V por temor á la monarquía universal, hacia esperar esta misma monarquía al rey de Francia! ¡Así, el papa que ardia en deseos de expulsar á los españoles de Milan y de Nápoles, queria implantar allí á los franceses! ¡Así, el patriota italiano se lisonjeaba de ser más frances que los franceses mismos!

Hé aquí la política pontificia. Se hace demasiado honor á los papas que reinaron en la primera mitad del siglo XVI, cuando se les atribuyen designios patrióticos ó cuando se los cree preocupados

(1) NAVAGERO, *Relazione* (ALBERI, II, 3, p. 392).

(2) RIBIER, *Cartas y Memorias de Estado*, t. II, p. 666.

por el bien general de la cristiandad; no pensaban más que en su interés, interés de pequeños príncipes italianos que trataban de engrandecer sus Estados y sus familias. A principios del siglo XVI eran hostiles á la Francia; pero para arrojar á los franceses se vieron obligados á favorecer á los españoles, cuya ambición era bastante más persistente, más tenaz, como decía con razón Pablo IV. La dominación española no tardó en pesar á la Santa Sede; los papas empezaron á echar de ménos el régimen francés, y el más audaz se atrevió á declarar la guerra al señor de ambos mundos. ¿A qué hubiese conducido aquella revolución política si hubiera triunfado? A reemplazar el yugo de España por el de Francia. ¡Siempre el extranjero! Así se cumple la grave acusación de Maquiavelo contra el pontificado; es un obstáculo eterno para la unidad italiana. Diríase que pesa una maldición sobre los sucesores de San Pedro; los esfuerzos que hacen por arrojar á los Bárbaros de Italia, no sirven más que para consolidar la dominación extranjera. Y es que Dios no bendice más que las buenas intenciones; y el objeto de los papas no era la independencia de Italia, sino su propia grandeza.

§ IV.—Los Turcos.

N.º 1.—*Monarquía universal de los Turcos.*

Los Turcos desempeñan un gran papel en la lucha de Carlos V y de Francisco I. El rey de Francia los llamó en su ayuda contra su poderoso rival; por la primera vez la media luna se unió al estandarte de Cristo, y esto para conservar la independencia de la cristiandad amenazada por aquel que se llama su jefe temporal. Sin embargo, ¡cosa notable! los Turcos, que salvaron la Europa del peligro de una monarquía universal, pretendían á su vez la monarquía; y á juzgar por el temor que inspiraban, su yugo era bastante más temible que la dominación española.

Nos cuesta hoy trabajo el creer en la realidad de este peligro. Cuando se ve la irremediable decadencia de la raza musulmana, se duda que jamás haya comprometido en serio la libertad de la

Europa. Pero guardémonos de aplicar al pasado el desden que nos inspira el presente; los pueblos, lo mismo que los individuos, tienen su época de grandeza y de decadencia. El anciano, cuyas fuerzas están agotadas, se lamentaría con razón si de su decrepitud actual se dedujera que siempre ha andado con muletas; del mismo modo las naciones tienen el derecho de exigir á la Historia que aprecie su vida pasada sin dejarse llevar por las preocupaciones del presente. Evoquemos los recuerdos del siglo XVI. Un inmenso y universal grito de terror resonaba en todas las partes del mundo cristiano; cada día se creía en vísperas de una invasión turca, como en el siglo X se creía en vísperas del juicio final.

Los papas tenían por misión el ser los centinelas de la cristiandad en la lucha secular que separaba á los infieles. En 1517 Leon X dirigió una Memoria á los príncipes cristianos sobre la guerra que debía hacerse á los Turcos: «no se trata ya, dice, de deliberar si es necesaria. Soliman nos amenaza, nuestra existencia misma peligra» (1). Los reformadores desconfiaban de Roma, como los Troyanos desconfiaban de los Griegos; temían que hubiese una segunda intención de explotación en los incesantes llamamientos que los papas hacían á la cristiandad. No temían ménos la invasión de los Turcos; la creían hasta inevitable, como anunciada por los profetas: ¿no predice Daniel que mucho tiempo después de los Romanos se elevará una nación que tratará de destruir la religión cristiana? Esta profecía no puede referirse más que á los Turcos, dice Melancton, y prueba que no es pequeña la desgracia que está próxima á estallar sobre nuestras cabezas (2). Los hombres políticos no estaban ménos asustados que los celosos cristianos. Carlos V, viendo á los Turcos ganar incesantemente y avanzar siempre, lanzó un grito de angustia, pero digno de un emperador: «Yo creo, dice al papa, que Dios quiere que seamos Turcos; cúmplase la voluntad de Dios, pero yo seré el último en someterme á ellos» (3). Los venecianos eran los más expuestos; podían decir sin exageración ninguna, que su existencia peligraba; pero temían la misma

(1) CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia con el Levante*, t. I, p. 31.

(2) Carta de Melancton al arzobispo de Maguncia. (BRETSCHNEIDER, *Corpus Reformatorum*, t. I, p. 875.)

(3) NAVAGERO, *Relazione* (ALBANI, I, 358).